

Oscar Cerruto

Los combatientes escriben cartas



SOLO en el primer combate el hombre es capaz de retroceder, de quebrarse. Después lo gana la embriaguez de la sangre.

Yo salí de La Paz seis meses después que tú. El entusiasmo de las despedidas había descendido: ni bandas militares, ni grupos de señoritas con detentes y papel picado. Salimos a las ocho, en medio de un silencio muy poco estimulante. El viaje, tú lo conoces. Primero el Altiplano, tan ancho como triste; aquel día, lluvioso y desolado. En el tren los soldados se esforzaban por espantar la nostalgia, queriendo aparecer despreocupados y alegres. Canciones, risas sin objeto y siempre en carcajada; imprecaciones, vivas, zambra ruidosa. Alboroto de una ebriedad sin alcohol, que no es el alboroto del alma. Su algazara era más bien triste. En Oruro nos detuvimos apenas. Bajo el sol incierto mordía el frío del atardecer los arenales de la pampa. Entramos en Uyuni con aguacero de tormenta—relámpagos y truenos—y las cortinas de la lluvia escoltaron el convoy militar hasta cerca de Atocha. Allí cambia

el paisaje y se insinúa ya el clima de los valles tarijeños. Luego el tren nos dejó en Tupiza, y aquella misma noche partimos en camiones a Villamontes. Los cuarteles no daban abasto para la tropa, de modo que a mí me destinaron, junto con otro contingente, a un pahuichi, una construcción rústica de troncos de jacarandá. Aquel día llegué a mi alojamiento después del rancho, dispuesto a descansar; estaba fatigado, y más que fatigado, abatido. Me tumbé, pues, sin desnudarme sobre una colchoneta, pero súbitamente salté como un resorte, dando un grito involuntario. En los travesaños del techo, acurrucadas sobre los palos, como loros, meciendo las colas en el aire, dormitaba una nidada de ratas, que se me antojaron tan grandes como tamandúas. Los soldados a quienes habíamos hallado ya instalados en el pahuichi reían indiferentes, pero se opusieron en masa cuando traté de espantar a las asquerosas alimañas. Entonces eché de ver que también los rincones de la vivienda estaban habitados por otros inmundos pobladores: unas arañas peludas y barrigonas con patas altas y quebradas. Yo estaba horrorizado. Y los nervios del simpático me dolían de la tensión. Mis compañeros me daban unas explicaciones que yo no entendía muy bien: la incómoda fauna constituía algo así como la policía higiénica del recinto, organizada contra los mosquitos y otra suerte de bichos venenosos.

—¡Cómo se ve que usted es novicio!—concluían sonriendo con cierta protección.

Disimulé mi repugnancia, pero aquella noche no dor-

mí. Fué mi primera noche de perros de la campaña; después he pasado muchas, pero muy distintas. Había tolerado los piojos, durmiendo sobre colchonetas mugrientas y sudadas; había acostumbrado mi olfato a los malos olores, entre gente sin el hábito del baño y con los pies apestando a cadaverina; había puesto mi piel en contacto con prendas sucias y ya utilizadas por otros soldados enfermos. Pero aquellas ratas encima de mi cabeza y su olor vagamente almizcoso, penetrando hasta la raíz del cerebro, fueron una terrible prueba para mí. ¡Unas ratas inofensivas! Cómo me río ahora. Después las he visto correr debajo de mis piernas, familiarizadas como gozquecillos con la hora de mis comidas.

Pero la resistencia de los sentidos no es más larga que la de los hábitos espirituales. Gradualmente se olvidan, una a una, todas esas adquisiciones de la civilización y la higiene. Primero las camisas limpias, más tarde los calcetines, los pañuelos; y después, insensiblemente el hábito de afeitarse, de lavarse los dientes, de las abluciones matinales, de recortarse las uñas, de trinchar los alimentos. ¿Para qué todo eso? Bah... La educación, el refinamiento. Eso está bueno para los salones; para los comedores iluminados de las ciudades, para la vida confortable. Aquí no hace falta. El mejor día viene una bala y se lleva todo al diablo. Y a la muerte no le interesan demasiado las buenas maneras.

Esta vecindad de la muerte es la que rebaja al hombre. Lo hunde paulatina pero rápidamente en la abyección más degradante.

En el primer combate es todavía el hombre civilizado el que resiste. Es el hombre de la ciudad, cortés, afeitado, sonriente, cultísimo, que lee a los clásicos, se entretiene con el superrealismo, juega golf, baila, sigue los progresos de la ciencia y discute la política europea, el que tiembla con la proximidad de la batalla y siente que el fusil le quema las manos. Suenan los primeros disparos; la tormenta está encima. Volcanes que él no ha visto eructan en la noche mangas de fuego. Truenan la artillería, estallan los estoques, la fusilería y las ametralladoras escupen ruidosamente su mortífera carga. Cuerpos humanos saltan a su lado como marionetas, y quedan inertes; miembros mutilados, muñones sanguinolentos, cabezas que han sido separadas del tronco por una ráfaga de ametralladora, caen aquí y allá, vuelan nuevamente en el aire al estallido de una granada que abre el vientre de la tierra; árboles se tumban con pesado estrépito, calcinados por los obuses. El pobre hombre no se pertenece; de sus manos cuelga inútil su instrumento de muerte. El tableteo de las ametralladoras suena en la caja de su cerebro, los quejidos, los gritos, el silbido de los shrapnells, el rezongar de los cañones, todo el estruendo de la batalla se desarrolla allí dentro, en el estrecho escenario de su alma. ¡Qué animal minúsculo y cobarde es él entonces! Pegado a la tierra, sobrecogido por el espanto, se siente de pronto desamparado, instalado frente a lo negro de lo desconocido, indefenso. Un impulso impreciso lo arroja a la encrucijada en que se baten las espadas de todos los

vientos, donde corrientes sin dirección azotan los costados del alma, y el ser, desquiciado, perplejo, inerme, gira sobre su delirio. Ningún arrebató es posible entonces, ningún sacudón capaz de substraerlo a esa caída. La parte iluminada del alma se desmorona; rudas jaurías de incertidumbre acometen a la razón. Y entonces aparece su pobre caos, su interior informe, su desbarajuste elemental. No se trata ya de una introspección, de un llamado más o menos acucioso a la conciencia, sino que es la misma conciencia que amenaza quebrar su geometría, y deja al aire el esqueleto miserable que apenas cubrían falsas apariencias, el barniz de la cultura, la mecánica de la rutina. En el fondo, muy en el fondo de sí mismo, puede adivinar al hombre abstracto, emergiendo de su inmundo lodo, viviendo una vida que no alcanzó él jamás a sospechar; gusano aun, pero lleno de verdadera luz, y al lado de cuyas calientes formas, las suyas, las de todos aquéllos que se exterminan junto a él, aparecen tristemente congeladas. Es el último fogonazo de magnesio que atraviesa la noche de su espíritu doblado y sin gobierno. Suenan disparos aislados; algunas gargantas se desgarran en un gemido. No ha sucedido nada hasta el próximo combate. Y para entonces ya la fiera tiene colmillos nuevos. El fusil ya apunta y se fija sobre una mira. Ahora sabe que allí se mueve el enemigo.

* * *

Recibí tus noticias poco antes de someterme a la operación que, al parecer, ha salvado mi vida. Tus pa-

labras me acompañaron en el curso de todo este período de delirios, de cuchilladas y cloroformo. La persona que me las trajo prometió volver. ¿O es que ha vuelto ya? Con ella te enviaré esta carta, que empiezo a escribir con el cerebro todavía sumido en las tinieblas de la pesadilla. Figúrate que no me acuerdo qué cara tiene; cuando vino estaba yo como a la orilla de la tumba. Los médicos no me daban importancia. Tuvieron que moverse esos resortes que siempre se mueven en estos casos, que los parientes influyentes conocen y que tienen la virtud de conmover la humanidad de los doctores. Bien es cierto que mi caso no era de los menos delicados: un proyectil alojado en las paredes del estómago, creo que una de esas paredes perforada; no sé. Los médicos atribuyen el éxito de la intervención a mi fortaleza física, pero yo pienso que es obra de esa voluntad de vivir que de pronto nació en mí, después de que me hirieron.

Es curioso, querido Mauricio. Durante los combates se le da la menor importancia a la vida; se anula, en cierto modo, eso que hemos dado en llamar el instinto de conservación. No es que se pierda el miedo a la muerte; ésta es una frase que estampan los periodistas que ven la guerra desde sus sillones de la retaguardia, y que nunca podrán tener ni la más remota idea de esta sensación de ausencia, de insensibilidad, de vacío que el soldado padece delante de la muerte. Caen los compañeros al lado de uno, se encogen, quedan quietos, y uno no comprende esa caí-

da, no la siente. Es un accidente, su cuerpo ha tropezado con una bala, una de esas balas con las que uno puede tropezar mientras corre, sin freno, por el despenadero del asalto. Pero el combatiente, si piensa algo, es sin fanfarronería, en esa frase fanfarrona de Melgarejo: Todavía no se ha fundido la bala que ha de matarme. Vive; centenares de proyectiles han cruzado cerca de su cabeza, han silbado en su oído, y él vive; granadas han estallado junto a él; la artillería cavaba embudos tan grandes como para ocultar un regimiento. ¡El vive! Los aviones zumbaron sobre el hoyo de su trinchera; el soldado se ha pegado como una raíz a un árbol, inconscientemente, con la vista fija en las evoluciones de los pájaros de acero y ha visto abrirse la tierra y levantarse los árboles con la cabellera de la raíz al aire, las hojas chamuscadas, y la muerte en todo su organismo de verdura; junto con los brazos mutilados de la naturaleza, brazos humanos, miembros sangrantes, jirones de uniformes, todo entrevisto en medio de una niebla de humo de pólvora. ¡Y él vive! ¿Cómo no ha de sentirse, pues, un poco por encima de la muerte? Es arriesgado, ciego, acometedor; el olor de la sangre y el de la chamusquina saturan su cerebro. Su piel es invulnerable, las balas no la tocan. Y un día cualquiera, un día igual a los demás, en que retumba el trueno sordo de la artillería y el tableteo de las ametralladoras barre el pajonal y descabeza las agujas de la maleza, siente un golpecito en el estómago. Trata de seguir corriendo pero cae; desliza su mano entre las ropas: allí hay san-

gre; poca sangre; un escozor de quemadura, y sin embargo sus venas parecen haberse vaciado; lo adormece una lacidud intensa. El combate suena fragoroso en otra parte; el herido ya no le pertenece. Caído allí es como un montoncito de tierra, como una planta; podría morir entonces y no lo notaría él mismo; su muerte sería como un sueño. Pero más tarde despierta y es como si resucitara, como si naciera otra vez, con más exigencias que un ser nuevo. La sed abrasa su lengua, que tropieza con el paladar y es áspera como un trozo de cuero; la fiebre golpea en sus sienes y el dolor muerde fieramente por la boca de la herida. Está solo; el silencio cae a plomo como el sol, pero todo a su alrededor parece abandonado. Piensa si él mismo está desamparado allí, a la orilla de una isla, rodeado de muertos, o si todos los ejércitos que combatían en esos campos malditos han perecido. Y su grito perfora el silencio; su grito de bestia herida, de bestia que quiere vivir; su grito cargado de todo ese miedo que sacude ahora su organismo. Ese hombre que corría entre las balas, ligero y desaprensivo, rozando las mandíbulas de la muerte, es este mismo que ahora se estremece como una hoja. ¡Quiere vivir! Su grito angustioso no es humano y él mismo se infunde espanto al escucharse. Suda copiosamente; se ha tumbado de costado y se arrastra, desgarrándose las ropas, hipando y con la lengua colgante. Su alarido ha despertado otros alaridos, y ahora es un coro de gargantas empavorecidas que lanzan un sonido animal, escalofriante, lleno de ansias de vivir.

Pero no pienses que esto termina con el auxilio de los camilleros; ni con la asistencia del médico de campaña, que suele hundir el escalpelo, sucesivamente, en las carnes de varias docenas de soldados, sin tener siquiera el tiempo necesario para desinfectarlo. No; ese reclamo de vida se agita ya, sordo y persistente, en la sangre del soldado, golpea en cada uno de sus latidos; no ha de abandonarlo más, clavados sus dientes en el cerebro del herido.

* * *

Mi heroico comportamiento, según se dijo, me valió una licencia para someterme a una intervención quirúrgica en La Paz. Un privilegio que no todos alcanzan. Equivale, como comprenderás, casi a tanto como devolverle su propia vida en una orden de Comando.

La Paz, la capital, la retaguardia. Allí hay comodidades, camas limpias, cirujanos con guantes de goma y mandiles impecables; enfermeras de manos amables y suaves, y esa seguridad que da la ciencia cuando se sabe que tiene a su alcance elementos y recursos. Debo confesarte que, aunque no lo parezca, uno no piensa demasiado en la familia; a ratos se la representa como un estorbo. Claro que esto no es, quizá, sino un brote más de egoísmo en su economía animal agostada, que sabe, inconscientemente, que la tranquilidad es otro elemento necesario para su defensa. Porque el egoísmo despierta también ahora con toda su tremenda ferocidad. Desde el avión que ha de conducirme a La Paz, y donde ya

estaba cómodamente instalado, yo veía llegar los nuevos contingentes de hombres sanos y fuertes, y alejarse enseguida hacia donde la naturaleza y los hombres aniquilan a los hombres, y yo amaba, por primera vez mi herida y me complacía, en cierto modo, en el dolor de la desgarradura.

Los diarios, ya lo has visto, me dedicaron columnas encendidas de loas. ¿Para qué me sirve esta gloria? En el fondo, yo me avergüenzo de ella. ¿Qué hice para merecerla? Sinceramente, no lo sé. He matado tal vez, he matado hombres, y aunque te parezca ridículo, me estremezco al recordarlo. Quiero suponer que todo eso no ha sucedido. Y esta gloria me incomoda; me queman sus elogios. Cuando vienen a verme todas esas señoritas ociosas que forman en las instituciones patrióticas, me finjo profundamente dormido, o débil y fatigado, y si no puedo evitarlo, las escucho con encono, con unas tremendas ganas de echarlas a puntapiés. ¡Qué salvaje! Ellas me miran asustadas y compasivas. ¡Pobre muchacho! El Chaco los trastorna, los cambia, dicen. Mi primo Fulano, por ejemplo, ha llegado que no es el mismo: ¡inconocible! ¡El que era tan divertido, ustedes lo saben!

¿Es que vuelvo a ser aquel escéptico de hace dos o tres años? El mismo, tal vez no. Mi escepticismo de entonces era—si puede decirse—fresco, liviano, impulsivo. Me he quedado mirando muchas veces las caras de los soldados convalecientes o ya convalecidos, y he observado una luz nueva en sus ojos. Que cosa es,

no sabría explicarlo; pero también sus palabras son más escasas y parece que el soldado se las guardara para mejor ocasión. Triste destino el de la generación nuestra. Y es que ahora hay pólvora en nuestro aliento, querido Mauricio. Yo la siento. Mi boca está impregnada de ese sabor secante y azufroso. Una generación con más muertos que sobrevivientes, y éstos con esos muertos pesándoles; con todos esos destinos truncados a cuestras.

* * *

Y a propósito. En una carta tuya, creo que la primera que me enviaste después de separarnos, me hablabas de un Pato Eyzaguirre de nuestras correrías de infancia. Fermín Eyzaguirre estuvo en mi regimiento, la casualidad lo llevó allí. Era Cabo y, como siempre, un desbocado. El cuartel era su ambiente y estaba dentro del uniforme como si hubiera nacido con él puesto. Cosa curiosa: no perdió su buen humor de fisga hasta el primer combate, los primeros estampidos lo desmoralizaron. Su bautismo de fuego iba a ser, también, bautismo de muerte. No cayó en medio de la refriega sino que se hirió él mismo en un brazo. Izquierdistas llaman en primera línea a los que así proceden; el Pato fué, pues, fusilado por izquierdista. Alguien lo había visto, lo denunció. (Otro que acabó de igual manera fué Alfredo Berindoague, aquel estudiante de Derecho que servía el matonaje del gru-

po nacional universitario, ¿te acuerdas? Lo sorprendieron tomando unos polvos de ipecacuana, con el objeto de sostener las apariencias de una supuesta anafilaxia o algo así, con incontinencia y fuertes vómitos). Hay otros procedimientos; por ejemplo, el que se finge loco, demasiado corriente y hasta desacreditado; pernoctar junto a los pantanos infectados por los anofeles; estancar el agua, en último caso, para criar zancudos que fueran a picar a los palúdicos, y a transmitirles después a ellos el mal mediante su flechazo inyectado de parásitos; someterse a un severo régimen de conservas, desdeñando los alimentos vitaminosos, para acarrear la disentería o el escorbuto, lo que, por supuesto, no resulta demasiado difícil. Otros muchos recursos a los que acude la imaginación desesperada de los soldados en su afán de alcanzar su más ambicionado anhelo: ser evacuados a las ciudades de retaguardia. Conozco el caso de aquél que llegó a inyectarse la sangre de un compañero atacado de malaria.

¿Cobardía? ¿Temor a la muerte, de la que tratan de huir por los mismos caminos que a ella conducen? Hum . . . Fatiga, más bien. Terror a la monotonía, a los corrosivos del aburrimiento, y que hacen desear ardientemente la batalla, la lucha cuerpo a cuerpo, la carnicería feroz y cavernícola. ¿Hay algo más espantoso, hay condena más refinada y dura que esa vida de la trinchera? Un espacio reducido, debajo de la tierra, con el agua hasta las rodillas, a veces hasta la cintura; límite para el cuerpo, que se da de topetones contra los

muros como el murciélago apresado en una alcantarilla; límite para los ojos fatigados de no ver el campo, los horizontes, y con un cielo encima que llega a pesar como una loza; límite para el espíritu que la prisión angosta parece haber amoldado a sus dimensiones. El hombre se educa, así, en la acechanza; y sus músculos no desean otra cosa que saltar afuera, arma al brazo, mordiendo un desco ciego de matar, de hundir una y otra vez la cuchilla de la bayoneta, como la fiera enceguecida hunde en su víctima la garra; de aspirar el tibio aroma de la sangre como un perfume bárbaro y capitoso.

* * *

Hace poco te hablé de mi primera noche en Villamontes y de mi vigilia bajo las colas oscilantes de una población de ratas. Era el primer choque fuerte del habitante de la ciudad, asignando a este término la representación de todos esos hábitos de una vida superior, limpieza, confort, seguridad, con un mundo que comparten las alimañas, la mugre y los elementos violentos, un mundo en toda su primitividad y que siglos acumulados de civilización le han hecho olvidar hasta un punto que el hombre cree, honradamente, no haberlos conocido jamás. Pero además de esta evidencia, a cuyo contacto queda ya resquebrajada la moral de suyo frágil del hombre ciudadano, hay la otra, la del clima y el paisaje, que la hiere acerbamente. Es la primera contusión seria que padece el que, desde ese instante,

es ya un combatiente, tanto más grave porque afecta a su cuerpo sino a su espíritu.

La naturaleza se abre aquí bárbara e intacta. Y el soplo de la selva, de esa entidad desconocida y siniestra, penetra en el espíritu atribulado del habitante de las mesetas y de los espacios desguarnecidos y lo estremece. Con todas sus armas y sus fuerzas inteligentes, el hombre se siente aquí pequeño, aplastado e indefenso. Poderes desconocidos para él lo acechan desde la manigua. Nubes de mosquitos zumban, renovados, en torno a su cabeza; los de la mañana no son los del atardecer; aprende a reconocerlos por el estrago de su lancetazo. Aprende también a imponer una tiranía a sus necesidades fisiológicas, de acuerdo con las costumbres de los voraces enjambres, cuyas horas de migración ya percibe. Es curioso así ver al soldado, en determinados momentos del día, con las posaderas metidas dentro de una lata gasolinera, o cubierto con unas polleras de mujer que uno no sabe de donde han podido venir. No es más fácil, en cambio, adaptarse a las variaciones violentas y súbitas del clima, al pesado calor que aniquila toda acción y lame el cerebro con lengua de fuego durante el día; al surazo nocturno húmedo, trasminante y contra el que no vale ningún abrigo. Y es frecuente encontrarse con soldados muertos, enterrados hasta el cuello en la arena a la que fueron a pedir abrigo; a veces unas paletadas más de arena para cubrir la cabeza, bastan a su inhumación; por toda cruz un cacto. La naturaleza de la selva es

opresora. Su vigorosa podredumbre penetra en la voluntad y la enferma; en el vaho calcinante de esta vida lujuriosa, intensa, ardiente, el hombre y su voluntad se cuecen como en una hornalla. Ceden sus resortes oprimidos entre los quebrachales como en una prensa; su mirada se enreda en los tuscales lo mismo que una serpiente sin objeto: por todos lados la maraña, el límite, el encierro

Uno se extraña leyendo las cifras que da el periódico de la desproporción entre el número de prisioneros bolivianos y paraguayos. Y la respuesta ahí está. El porcentaje de indios, en esa cifra, es, además, abrumador. Y es que primero el clima, el paisaje, la naturaleza, luego su incomprensión de la causa que defiende, determinan su entrega. No a las balas sino a la selva, a sus arañas peludas y voladoras, a sus insectos, a sus alimañas, al canto nocturno del guajojó, a su humedad peligrosa como una fiebre, a sus poderes infernales en que el indio se rinde. « ¡No tatituy! ». Alza los brazos, deja caer el fusil. El paraguayo no comprende. « ¡Kolla cobarde, sí! ».

* * *

¿Pero escribo para ti esta carta? ¿Te llegará alguna vez? Debes perdonarme si me he dejado arrastrar por esta corriente de impresiones. Veo que ha subido nuevamente mi temperatura. Hallarás, probablemente, algo de mi fiebre en lo que escribo; explícate así su desorden. Muchas veces quise enviarte estas mismas líneas

desde el Chaco; pero ahora veo que no habrían podido ser nunca las mismas. Otro pulso, otras extrañas energías mueven allí el fondo de nuestras almas. Como si dijéramos una vida de túnel, de termite, de alcantarilla, sólo que, además, furiosa y delirante. Recuerdo así que una noche, en medio de un fuego de hostigamiento, sonaron en las trincheras enemigas, a cincuenta metros de la nuestra, los bordoneos de una estudiantina. Una polka paraguaya, y de seguido un vals, un vals vienés cualquiera, lánguido y evocador. Sin acuerdo mutuo cesaron de martillar nuestros fusiles. La noche era clara y caía sobre los pajonales suavemente, resbalando por la luz de sus estrellas; detrás de nosotros se alzaban las islas de monte con sus masas verdeoscuras, y, por primera vez, sin amenazas, domesticadas, casi decorativas. La melodía corría por entre los pajonales como una brisa tibia, venida de muy atrás, de un mundo resplandeciente que fué alguna vez nuestro mundo y que ahora, hundido en el recuerdo, era una hermosa alegoría y nada más. Como sucede en el sueño, así rápida e intensamente, cruzó por la placa del cerebro, escena por escena, la vida de ese mundo, nuestra propia vida, soleada y tranquila, y en la que los episodios más menudos y que uno creía haber olvidado del todo, sepultados en los subfondos del inconsciente, se destacaban con poderosa luz, con luz nueva, conmovedores y llenos de una remota poesía. Y por primera vez también nos examinamos mutuamente, sonrientes y un tanto asombrados: barba crecida y descuidada, ojos hundidos y en

la mirada un brillo sin bondad, que hacía más esquinado la piel sucia, terrosa y el estrafalario revolar de los capotes desgarrados. Sin saber cómo nos hallamos fuera de la trinchera, sobre el pajonal; allí estaban también los paraguayos. Observábamos sus miradas escudriñadoras, aunque afables; nuestros ojos investigaban seguramente de igual modo. Estábamos casi extrañados de hallarnos frente a hombres iguales a nosotros. Les preguntamos si a ellos les sucedía lo mismo. Rieron regocijados. ¡La verdad purita! Parecían tan sucios y andrajosos como nosotros; quizá peor. Cambiamos provisiones: galletas, café, yerba mate, cigarrillos, charque; cambiamos también algunos obsequios «como recuerdo»: boquillas talladas en palo de jacarandá o de algarrobo; detentes, lapiceras, o simplemente botones arrancados a las chaquetas. Cuando nos retiramos a nuestras respectivas posiciones, después de habernos abrazado con sincera simpatía, estábamos hondamente conmovidos. ¡Volvíamos a sentir al hombre moverse dentro de nosotros! Empezaron nuevamente a traquetear las ametralladoras, como con desgano; más tarde la artillería con furia cada vez más creciente. Los bólidos de fuego cruzaban con sordo ruido los espacios y caían sobre la llanura como para rajar en dos pedazos el planeta; a lo lejos, entre las sombras, el monte ardía, de cuando en cuando, en súbitas llamaradas de estruendo, tal si las bocas ocultas de cien volcanes vomitasen lava ardiente sobre la selva. En medio del tableteo de las automáticas, la fusilería desplegaba sus cortinas de muerte, apuntando a

la segura: sabe que donde se abre el fogonazo allí detrás está el objetivo. El suelo trepidaba debajo de los pies; la tierra rodaba, dando tumbos, por un despeñadero. Fué aquella una de las batallas más sangrientas a que me tocó asistir. A las cuatro de la mañana, poco antes del alba, recibimos orden de atacar a la bayoneta las trincheras enemigas; como turbión de exterminio, como avalancha erizada de dientes caníbales, horda demente y enceguecida, caíamos sobre sus posiciones. Alaridos, disparos a bocajarro, injurias, imploraciones, cuchillas ensangrentadas hundiéndose una y diez veces en la carne desdichada, cuerpos que se contraen, brazos frenéticos que golpean con vigor redoblado, brazos que se abaten, gemidos, cuerpos blandos, carne que cruje al desgarrarse, ojos que revientan como globo en la punta de los machetes, chorros de sangre que saltan sobre el herido y bañan sus ropas, manos que se aferran a los tobillos o a los faldones del capote, manos ya de muerto y sabor de sangre, sabor de sangre caliente y que perdura por muchos días en la boca. El adversario se replegó derrotado. Ocupábamos ahora las trincheras desde donde la noche anterior nos habían ofrecido los paraguayos su serenata. Y he aquí que un soldado corre por el lodo enrojecido de la posición enarbolando una guitarra que ha ensartado medio a medio con la cuchilla de su fusil. No recuerdo, ahora, si en la sonrisa con que aplaudíamos su hazaña se disimulaba entonces una vaga desazón.

Del próximo libro «Clima de sangre», novela de la guerra del Chaco.